

## EL SENTIDO DE LA HISTORIA Y LA PROVIDENCIA DIVINA

La historia de la salvación en la historia del hombre.

«La fundación de Roma tiene una elocuencia totalmente particular para quienes creemos que la historia del hombre sobre la tierra —la historia de toda la humanidad— ha alcanzado una dimensión nueva a través del misterio de la Encarnación. Dios ha entrado en la historia del hombre haciéndose Hombre. Esta es la verdad central de la fe cristiana, el contenido fundamental del Evangelio y de la misión de la Iglesia. Entrando en la historia del hombre, haciéndose Hombre, Dios ha hecho de esta historia, en toda su extensión la historia de la salvación. Lo que se realizó en Nazaret, en Belén, en Jerusalén, es historia y, a la vez, fermento de la historia. Y aunque la historia de los hombres y de los pueblos se haya desarrollado y continúe desarrollándose por caminos propios, aunque la historia de Roma —entonces en la cumbre de su antiguo esplendor— haya pasado casi inadvertidamente junto al nacimiento, vida, pasión, muerte y resurrección de Jesús de Nazaret, sin embargo, estos acontecimientos salvíficos se han convertido en levadura nueva para la historia del hombre. Se han convertido en levadura nueva, particularmente para la historia de Roma. Se puede decir que en el tiempo en que Jesús nació, en el tiempo en que murió en la cruz y resucitó, la antigua Roma, entonces capital del mundo, conoció un nacimiento nuevo. No por casualidad la encontramos ya inserta tan profundamente en el Nuevo Testamento. San Lucas, que plantea su Evangelio como el camino de Jesús hacia Jerusalén donde se cumple el misterio pascual, pone, en los Hechos de los Apóstoles, como punto de llegada de los viajes apostólicos, Roma, donde se manifestará el misterio de la Iglesia.

»El resto nos es bien conocido. Los Apóstoles del Evangelio, y entre ellos, el primero Pedro de Galilea, después Pablo de Tarso, vinieron a Roma y también implantaron aquí la Iglesia.

"Así, en la capital del mundo antiguo comenzó su existencia  
"la Sede de los Sucesores de Pedro, de los Obispos de Roma.  
"San Pablo escribió su Carta magistral a los romanos, incluso  
"antes de venir aquí; a ellos dirigió su testamento espiritual el  
"obispo de Antioquía, Ignacio, en vísperas del martirio. Lo que  
"era cristiana ha hundido sus raíces en lo que era romano, y  
"al mismo tiempo, después de haber arraigado en el humus ro-  
"mano, comenzó a germinar con nueva fuerza. Con el cristianis-  
"mo lo que era "romano" comenzó a vivir una vida nueva, pero  
"sin dejar de ser auténticamente "indígena".

»Justamente escribe D'Arcy: "Hay en la historia una pre-  
"sencia, que hace de ella algo más que una simple 'sucesión de  
"acontecimientos'. Como en un palimpsesto, lo nuevo se sobre-  
"pone a cuanto ya está escrito de manera imborrable y prolonga  
"indefinidamente su significado" (M. C. D'Arcy, s. j., The Sense  
"of History Secular and Sacred, London, 1959, 275). Roma debe  
"al cristianismo una nueva universalidad de su historia, de su  
"cultura, de su patrimonio. Esta universalidad cristiana («cató-  
"lica») de Roma dura hasta hoy. No sólo tiene detrás de sí dos  
"mil años de historia, sino que continúa desarrollándose incesan-  
"tamente: llega a pueblos nuevos, a tierras nuevas. Y, por tanto,  
"la gente de todas las partes del mundo afluye muy gustosamen-  
"te a Roma, para encontrarse, como en su propia casa, en este  
"centro siempre vivo de universalidad.

»El cristianismo entró en la historia de Roma no con violen-  
"cia, no con la fuerza militar, ni por conquista o invasión, sino  
"con la fuerza del testimonio, pagado al caro precio de la sangre  
"de los mártires, a lo largo de más de tres siglos de historia.  
"Entró con la fuerza de la levadura evangélica que, revelando  
"al hombre su vocación última y su dignidad suprema en Jesu-  
"cristo (cf. Lumen gentium, 40; Gaudium et spes, 22), comenzó  
"a actuar en lo más profundo del espíritu, para penetrar después  
"en las instituciones humanas y en toda la cultura. ¡Por eso,  
"este segundo nacimiento de Roma es tan auténtico y tiene en  
"sí tanta carga de verdad interior y tanta fuerza de irradiación  
"espiritual! ».

JUAN PABLO II: Catequesis en la audiencia  
general del miércoles 25 de abril de 1979.  
L'Osservatore romano, edición semanal en len-  
gua española, año XI, núm. 17 (539), domín-  
go 29 de abril de 1979.

## La guía de Dios al hombre en nuestra vida.

«... la Providencia Divina, o de Dios que, como Padre omnipotente y sabio está presente y actúa en el mundo, en la historia de cada una de sus criaturas, para que cada criatura, y específicamente el hombre, su imagen, pueda realizar su vida como un camino guiado por la verdad y el amor hacia la meta de la vida eterna en El.

» «¿Para qué fin nos ha creado Dios?», se pregunta la tradición cristiana de la catequesis. E iluminados por la gran fe de la Iglesia, tenemos que repetir, pequeños y grandes, estas palabras u otras semejantes: "Dios nos ha creado para conocerlo y amarlo en esta vida, y gozar de El eternamente en la otra".

» Pero precisamente esta enorme verdad de Dios, que con rostro sereno y mano segura guía nuestra historia, paradójicamente encuentra en el corazón del hombre un doble, contrastante sentimiento: por una parte, es llevado a acoger y a confiarse a este Dios providente, tal como afirma el Salmista: "Acallo y modero mis deseos, como un niño en brazos de su madre" (Sal 130, 2). Por otra, en cambio, el hombre teme y duda en abandonarse a Dios, como Señor y Salvador de su vida, o porque, ofuscado por las cosas, se olvida del Creador, o porque, marcado por el sufrimiento, duda de El como Padre. En ambos casos la Providencia de Dios es demandada por el hombre».

JUAN PABLO II: Catequesis en la audiencia general del miércoles 30 de abril. *L'Osservatore romano*, edición semanal en lengua española, año XVIII, núm. 18 (905), domingo 4 de mayo de 1986.

## Función histórica de Roma.

«... todos los romanos de nuestro tiempo saben perfectamente que el carácter excepcional de esta ciudad, de esta capital, consiste en el hecho de que no pueden reducir Roma sólo a su propia historia. Aquí es necesario remontarse a un pasado mucho más lejano en el tiempo y evocar no sólo los siglos del antiguo Imperio, sino tiempos aún más remotos, hasta llegar a esa fecha que nos recuerda la "Fundación de Roma".

» Un patrimonio inmenso de historia, varias épocas de cultura humana y de civilización, diversas transformaciones socio-políticas, nos separan de esa fecha y, al mismo tiempo, nos unen

*"a ella. Aún diría más: esta fecha, la fundación de Roma, no  
"marca únicamente el comienzo de una sucesión de generaciones  
"humanas que han habitado en esta ciudad, y a la vez en esta  
"península; la fundación de Roma constituye también un comien-  
"zo para pueblos y naciones lejanas, que sienten un vínculo y  
"una particular unidad con la tradición cultural latina, en sus  
"contenidos más profundos.*

*»También yo, aunque venido aquí de la lejana Polonia, me  
"siento ligado por mi genealogía espiritual a la fundación de  
"Roma, así como toda la nación de la que provengo, y otras mu-  
"chas naciones de la Europa contemporánea, y no sólo de ella».*

JUAN PABLO II: Catequesis en la audiencia general del miércoles 25 de abril de 1979. *L'Osservatore romano*, edición semanal en lengua española, año XI, núm. 17 (539), domingo 29 de abril de 1979.

**Afirmación de la superioridad del espíritu, del sentido ético de la historia, de las metas trascendentes en presencia de las actuales crisis y dolorosos contrastes entre naciones.**

*«... en presencia de las actuales crisis sociales, económicas y  
"políticas; ante los dolorosos contrastes entre las naciones; frente  
"a la soledad del hombre en su búsqueda de valores y significa-  
"dos auténticos y perennes, la Iglesia aporta sus verdades, afir-  
"mando la superioridad del espíritu, sosteniendo el sentido ético  
"de la historia y alentando hacia metas trascendentes».*

JUAN PABLO II: Discurso al Cuerpo Diplomático en la Nunciatura Apostólica de Madrid, el martes 2 de noviembre. *L'Osservatore romano*, edición semanal en lengua española, año XIV, núm. 45 (723), domingo 7 de noviembre de 1982.

**La historia debe ser transformada mediante la civilización del amor.**

*«Pero no basta aceptar la historia: ¡vosotros nos enseñáis  
"que es necesario "transformar" la historia!*

*»¡Cuántos de vosotros podrían contar sus aventuras en la paz  
"y en la guerra, ya trágicas y tristes, ya elegres y serenas!*

»¿Y qué se puede sacar de este patrimonio de vida intensa?  
"Una sola conclusión y un solo imperativo: la historia debe ser  
"transformada mediante la "civilización del amor", que fue la  
"preocupación constante del Papa Pablo VI, de venerada y siem-  
"pre presente memoria.

»Y, por esto, os digo, alpinos de Italia, como digo a todos  
"los hombres de la tierra: ¡Amad!

»Este es el "mandamiento nuevo" de Cristo: "Amaos los  
"unos a los otros como yo os he amado" (Jn 15, 12);

— »¡amad a vuestra familia, a vuestra casa, permanced fie-  
"les en el amor!;

— »¡amad a vuestro país, a vuestro barrio, a vuestra ciudad!  
"Cada uno dé su aportación de esfuerzo, de servicio, de caridad,  
"especialmente hacia los que sufren y hacia los necesitados, para  
"crear centros de solidaridad, a fin de que nadie se sienta solo y  
"marginado a causa del egoísmo;

— »¡amad a Italia, vuestra patria querida, que aun entre  
"tantas vicisitudes y contrastes, es vuestra tierra, rica en histo-  
"ria, en belleza, en genio y en bondad!;

— »¡amad a Europa, que por milenios ha volcado en la his-  
"toria las riquezas incalculables de la inteligencia y del senti-  
"miento!;

— »¡amad a todo el mundo, porque todos somos hermanos  
"y cada uno debe llevar en su corazón a toda la humanidad!  
"Cuántos prófugos, desocupados, damnificados, sin casa y sin pan,  
"esperan vuestro amor!».

JUAN PABLO II: Alocución a los alpinos de  
Italia, *L'Osservatore romano*, edición semanal  
en lengua española, año XI, núm. 29 (551),  
domingo 22 de julio de 1979.